



SUSANA ALDANA RIVERA

UNIVERSIDAD ESAN / UNIVERSIDAD DE LIMA

El Perú de todos los tiempos en el contexto de la globalización

Reflexiones en torno a la región y la nación

¿Por qué podría ser interesante estudiar el Perú cuando hay situaciones en el mundo acuciantes y que resultan apasionantes de enfrentar? Los problemas del crecimiento desmesurado de la China para la economía y la ecología del mundo, la fuerza cultural y tecnológica de la India, el control y los inconvenientes que genera el petróleo en el Medio Oriente en una etapa de altísima industrialización, o el calentamiento global y los cambios climáticos con sus devastadores efectos en todo el planeta.



Cortesía: Erik Chiri Jaime

En un mundo organizado en torno al dinero y su ganancia, América Latina no es un espacio de mayor importancia en el tablero mundial, salvo el caso de Brasil y parcialmente México. Y menos todavía el universo andino, cuya participación en el concierto económico global es casi nula. Peor aun, el Perú –corazón de ese mundo andino– pareciera ser irrelevante en este concierto global y en la nueva racionalidad que emerge y se propaga por el orbe.

Sin embargo, el Perú resulta un país sumamente atractivo de analizar porque, en pequeño –y por tanto, medianamente manejable en el análisis–, encontramos una muestra de lo diverso y difícil que son las relaciones humanas en el escenario global: el Perú es una síntesis de extraordinaria complejidad de múltiples elementos, de una gran diversidad cultural e histórica en donde la región, el estado-nacional y el nuevo marco global se encuentran y desencuentran. Así, nadie puede negar tres características centrales que se hallan en el Perú desde hace mucho y que recién hoy saltan al plano global: primero, es un país de todas las sangres y, por tanto, con presencias y particularidades culturales tan diversas cuantos troncos de razas hay; segundo, es un país de todos los tiempos históricos en donde la tradición, la modernidad y la posmodernidad se tocan, interactúan y se influyen y, tercero, es un país no solo diverso sino megadiverso ecológicamente hablando y, por lo mismo, con múltiples recursos atractivos para el capitalismo global¹.

Tres elementos sobre los cuales resulta válido reflexionar, sobre todo porque se camina hoy hacia la gobernanza global que supone la recomposición o cambio –o final definición– de un sistema ya no mundial sino global. Y los problemas aludidos son los que se evidencian en las relaciones actuales de toda sociedad: la gente no piensa igual porque responde a culturas diferentes a pesar de la imposición de una episteme occidental –y el subsecuente cuanto complejo proceso de adecuación/resistencia por parte de las sociedades impuestas– y de la construcción de estados naciones homogenizadores; no actúa socialmente de manera semejante porque sus percepciones de tiempo y espacio son

distintas entre sí puesto que los ritmos culturales son diversos y, finalmente, se apropia económicamente del espacio sobre la base de su propia experiencia reformulada con base en su pensar y actuar histórico construido sobre su propio devenir interno como sociedad, pero también bajo la mixtura de influencias externas. Diferencias propias de los grupos humanos en cualquier parte del mundo pero que quedaron invisibilizadas bajo los estados-naciones y la racionalidad científico-occidental del mundo moderno liberal y que hoy la globalización hace saltar a la palestra. Un interesante punto de quiebre para los ideales democráticos de nuestra etapa histórica pues, en términos de uso de razón, nadie aceptaría hoy que la diversidad de culturas se explica solo por la raza, sino que es propio a los seres humanos tener expresiones de vida diferentes sin que se asuma que una forma de vida es mejor a la otra.

En este contexto, analizar la realidad de un pequeño país como el Perú resulta estimulante para los procesos de cambio globales y de un posible camino hacia la gobernanza global. Dentro de él –como está sucediendo en múltiples lugares–, las diferentes razas y los diversos tiempos y ritmos culturales se enfrentan entre sí: para unos, se trata de la supervivencia y el mantenimiento de un conocido y aceptado orden de vida que va de la mano, a su vez, con el legítimo reconocimiento a la diferencia y de su ser ciudadanos, así como a la igualdad de derechos frente al conjunto de la sociedad peruana. Para otros, se trata del éxito económico que se traduce en una adecuada inserción al escenario global, además de asumir la modernización como la bisagra que articula tanto el desarrollo como la buena marcha del país.

Así, para sustentar lo dicho, en una primera instancia presentaré tres líneas propias de la cultura y la sociedad peruanas: sangres diversas con tiempo y ritmos históricos distintos en un medio ecológico muy particular. Luego, reflexionaré sobre cómo esta sociedad tan particular se fue desarrollando dentro de los cambios del capitalismo que llevaron a la formación del sistema global. La globalización no solo enmarca, sino que interviene y hace intervenir a cada espacio y persona del planeta



Cortesía: Fernando Polanco

en el proceso. Y esa interdependencia creciente presupone cambios en el tablero económico global, así como la reemergencia de grupos humanos, diferentes de los occidentales, que se han apropiado de las formas del capitalismo para matizarlo fuertemente en su aplicación. Y al hacerlo, han puesto en jaque las formas homogenizantes del estado-nación. En ese sentido, la región reaparece con fuerza y se conecta directamente con lo transnacional.

El caso paradigmático actual es China con su visión de expansión mundial. El eje China-Brasil y las formas económicas que lo acompañan afectan directamente al Perú. Sin embargo, hay innumerables respuestas sociales que indican cómo la relación entre cambios internos (Estado neoliberal) e incidencia externa (presencia de poderes transnacionales) ha marcado y marca el devenir de esa sociedad peruana tan particular; la droga, el narcoterrorismo y las redes de criminalidad global son el amargo colofón que hoy se vincula con el cambio climático y el calentamiento global. Como muchos grupos humanos y pequeños países

que poco o nada pueden hacer, el Perú es un testigo bastante silencioso, que sufre los grandes y fuertes procesos de recomposición del mismo. Sin embargo, su experiencia puede servir de base para enrumbar los caminos político-económicos de la sociedad global. Las ideas aquí expuestas ameritan, ciertamente, mucha discusión.

El Perú de tiempos simultáneos

Como bien dijera José María Arguedas, el Perú es un país de todas las sangres y, al manifestarlo, aludía a su experiencia personal que, a pesar de los años transcurridos, coincide con la de muchos peruanos. Desde el mismo siglo XVI corre en todos los peruanos sangre india, blanca, negra y hasta asiática. Mezcla de sangres que fundamentó la creación y la consolidación del sistema europeo-occidental a partir del concepto de "raza" y a la que, en el caso específico del Perú, se sumó una aun mayor diversidad a partir del momento de la

fundación republicana. A partir del siglo XIX llegaron nuevas hornadas compuestas por chinos, italianos, alemanes, japoneses, rusos y hasta árabes, entremezclándose en un proceso de mestizaje complejo y no del todo bien conocido. Y si bien durante el periodo republicano, esto es, siglo XIX y siglo XX, el proceso de formación nacional devino en la construcción de un estado homogeneizador y homogenizante, típico del proceso de occidentalización del mundo que se llevaba a cabo en el marco internacional, esta diversidad de sangres, expresada además en etnias y formas culturales distintas, complicó el proceso de creación, gestión y funcionamiento de un Estado nacional.

Pero así como el Perú es un país de todas las sangres es también un país de todos los tiempos históricos. Es decir, aquí se encuentran desde grupos humanos no contactados o en retiro voluntario hasta selectos grupos posmodernos ubicados en Lima, la capital. Grupos humanos en diversos tiempos de premodernidad, de modernidad e incluso de posmodernidad: la variedad, tiempos y ritmos culturales eran y son sumamente distintos, pero la voluntad imperiosa de crear una república y constituir luego un estado-nación invisibilizó gran número de grupos humanos ubicados en las zonas lejanas de la selva o los dejó al margen, como el caso de la sierra. Se asumió así que los fuertes problemas de gobernabilidad y de funcionamiento del estado-nacional se debían a la presencia de amplias zonas rurales, llenas de indios, campesinos y comunidades indígenas que impedían la industrialización y el afincamiento del sistema capitalista occidental. Por tanto, ese universo humano fue tildado de retardatario ya que no participaba en el mundo moderno.

Primero, el territorio fue culpado de todo. El Perú era percibido –y en muchos casos sigue siendo percibido– como un espacio geográficamente hermoso, con vastas pampas y desiertos costeros, imponentes montañas en la sierra y una densa vegetación en la selva, pero que en el fondo eran –y son– un problema para la realización moderna capitalista. A partir del tardío siglo XIX, los Andes se convirtieron en un obstáculo insalvable que debía ser,

en todo caso, aplanado para darle alguna utilidad, y a cuyos pies se extendía la densísima selva amazónica, el llamado espacio “vacío” de población, a pesar de los ingentes grupos indígenas allí existentes, que cada cierto tiempo eran sujetos de algún tipo de explotación (casarilla, caucho, petróleo, etc.). El único espacio válido era la “moderna” costa, vinculada activamente con la economía y la sociedad europea. El resto del país simplemente era hermoso, pero su gente, “degradada”, “retrasada” e “incapaz”, según términos del siglo XIX, en tanto que no aportaba nada al estado-nación para facilitar su inserción en el escenario mundial. Ciertamente, la población asentada en este territorio seguía siendo la culpable de esa situación, no las dificultades geográficas ni la escasez de técnica ni mucho menos la inserción muy complicada en el espacio internacional industrializado europeo.

Por eso, un segundo problema estuvo vinculado a la cultura en medio de la construcción y el apogeo de un sistema liberal democrático mundial, pero, curiosamente, muy racista. En el Perú, solo determinado grupo humano se integró al espacio del comercio exterior, primero europeo, luego internacional –desde fines del siglo XVIII y todo el XIX– aprovechando la facilidad de la vinculación cultural con Europa. Así, los hispanistas establecieron la validez o no de una cultura: la criolla, enraizada en tradición goda, que marcó las percepciones sociales del país, las relaciones de aceptación/segregación y las dicotomías ampliamente naturalizadas (blanco/indio; costeño/serrano; mestizo/cholo; civilizado/bárbaro; decente/humilde). Pero a la vez, percibieron los problemas, muy semejantes a los nuestros, de una España por engancharse a la modernidad; de ninguna manera podía ser considerada un poder en la construcción capitalista mundial.

Como consecuencia, desde fines del siglo XIX, habíamos aceptado y buscado participar de los poderes noratlánticos y nos convertimos en América Latina, donde el elemento central era la fuerza cultural francesa. Sin embargo, la blancura, la lengua española y las formas culturales hispánicas resultaban un puente de conexión, impulsado por lo francés, con el paradigma



Contesfo: Erik Chiri Jaime

cultural moderno-occidental de 1900; no había espacio para lo nativo, para lo “indígena”. Es decir, la “modernidad” y la consiguiente creación de una episteme occidental, de una manera de construir el conocimiento (ciencia) y de aplicarlo (técnica), que se fue imponiendo paulatinamente sobre el mundo, implicó la invisibilización y la eliminación de los diferentes ritmos históricos de los grupos humanos existentes.

Toda sociedad que entendiera el tiempo de una manera diferente al progresismo evolucionista europeo-occidental, que no cumpliera con los cánones de la razón científica matematizada y que no compartiera los valores universales establecidos por los mismos europeos como fundamento de su forma de vida, fue minusvalorada y rechazada. Así, no hubo más espacio para la imbricación cultural con el entorno que, aunque planteaba una depredación del ambiente por su uso y explotación, dejaba espacio y tiempo a la recuperación natural del medio. Se estableció la linealidad occidental, evolucionista, que soñaba

–y sueña– con una producción infinita sobre un mundo finito.

Finalmente, un tercer problema: la economía crecientemente “internacional” y “capitalista” como antesala a la global actual. Si bien el comercio y la manufactura fueron un elemento central en el intercambio social a lo largo del tiempo, el desarrollo industrial dio pie al capitalismo pleno –gracias a la producción masiva de bienes y de masa monetaria– e implicó una manera de vivir y de razonar ese vivir –que suponía una “modernidad”– muy diferente de la que contaba hasta ese momento.

Acostumbrado a insertarse en un comercio que “cruzaba el charco” y se proyectaba hacia Europa, pocas posibilidades tenía el Perú para una producción mecanizada que fuera consumida más allá de sus fronteras o, peor aun, dentro de ellas. No había mucha oportunidad para acceder a un mercado externo y atractivo como el europeo, si se considera el nivel técnico existente en cuanto a comunicaciones, y, menos aun, a un mercado interno en un

país que contaba con menos de 3 millones de habitantes hacia fines del siglo XIX, de los cuales más del 90% pertenecía a comunidades indígenas y otras formas tradicionales de subsistencia como campesinos y pequeños agricultores. No fue gratuito el hecho de que se reconociera como válida la posición del jurista y economista argentino Juan Bautista Alberdi, quien en 1850 resumió su poética del poder con la frase “gobernar es poblar”. Por cierto que este repoblamiento era concebido con inmigración de europeos, que sabían y participaban cotidianamente en mercados de diferente envergadura en los que se compraba y se vendía con moneda y no al simple trueque o intercambio de subsistencia y familiar/comunal.

La modernización era el eje central para llegar a hacer una Europa en América Latina. De ahí la búsqueda por generar fuertes corrientes de inmigración europea —que en el Perú tuvo éxito a medias— vinculada menos a la producción industrial y más a la inserción en ese mercado internacional, a partir de lo que tenía demanda y era conocido: materias primas y alimentos. Las oportunidades se centraron en las costas, alrededor de las ciudades-puerto de salida y conexión con el exterior.

De ahí que desde fines del siglo XIX, pero definitivamente a partir de las primeras décadas del siglo XX, los “indígenas” y, en general, la gente de la sierra comenzara progresivamente a “bajar a la costa” en un proceso visible en la región, sobre todo en una tan dinámica como la norteña. Baste un ejemplo: Niepos, pueblo importante en la sierra norte durante la etapa colonial por ser puerto-entrada a Cajamarca, está asentado en las cabeceras del valle del Saña, donde se desarrolló la poderosísima hacienda Cayaltí y, por supuesto, otras haciendas cañeras. Para 1920 generó un pueblo-colonia, Nueva Arica, en la costa alta del mismo valle y, años después, gente de estos pueblos se encontraba ya ubicada en Chiclayo.

¿Es este un caso aislado? ¿Es un caso propio del norte y no de otros espacios peruanos? Probablemente sea una situación común, pero no conocida por cuanto faltan estudios regionales. Finalmente, los

beneficios con que se contaba para vivir en la costa no hicieron más que acentuarse conforme se desarrolló el orden liberal. Ese goteo humano se convirtió en una verdadera marejada para la segunda mitad del siglo XX y tuvo a Lima como principal foco de atracción². Aunque no toda la gente se detuvo a pensar lo que vivía, las personas se dieron cuenta sin embargo de los cambios buenos y malos por los que atravesaban. Se enfrentaron a ellos y terminaron por posicionarse en el sistema capitalista en apogeo.

El sistema global: Perú en pos del cambio

La industrialización, inicialmente precaria y muy limitada, vinculada a la textilería de algodón, fue dando pie a un complejo sistema productivo fundado en el capital y en su circulación: el capitalismo pleno se encuentra francamente en su apogeo para 1900. Siempre hubo intercambio y comercio, pero esta forma de producción, genérica a Europa y los países “centrales” de Occidente, supuso un salto progresivo pero cuántico a los circuitos humanos que siempre había generado el comercio, ya que puso en contacto a todos los seres humanos del planeta. Así se creó un territorio económico que hoy nos es más conocido que el natural. En paralelo, se crearon espacios mentales y estructuras sociales en los grupos humanos acordes a sus nuevas necesidades, y que se vincularon tanto a la posesión como al uso genérico de bienes materiales.

Además, se estableció una forma de vida que limitó el accionar humano en un sentido de dependencia (computadoras, agua embotellada) y, por otro lado, potenció su creatividad para seguir inventando cosas que permitieran el conocido circuito de vender, comprar, invertir y gastar. La expansión e imposición del episteme occidental invisibilizó todo otro ritmo histórico que no estuviera en consonancia con la idea de progreso, particularmente con el “científico-técnico”. Este fenómeno impidió percibir a la historia que supuestamente avanzaba en línea recta a pesar de los retrocesos y estancamientos en el camino. Lograr el desarrollo moderno era el



Cortesía: Erik Chiri Jaime

fundamento necesario para el transitar de la tradición a la modernidad. Todo aquel “moderno”, “civilizado”, “desarrollado”, “burgués” –luego empresario–, “cultivado”, “participativo”, “emprendedor”, “competidor”, “proactivo”, dependiendo del marco histórico coyuntural que lo envolviera, tenía que estar vinculado al circuito virtuoso del liberalismo industrial.

Y así lo leyó y lo entendió progresivamente el poblador rural, que vio en las ciudades las posibilidades de formar parte de esa cosmovisión que iba siendo impuesta con cada producto que facilitaba la vida cotidiana. En Occidente, el campo se comenzó a volcar sobre las ciudades. En Europa, las urbes industriales crecieron a lo largo del siglo XIX y, hacia el último tercio de ese siglo, en Estados Unidos. Su fuerza descansaba en la capacidad de asimilar mano de obra recién llegada. Las ciudades modernas que ofrecieron servicios en la cadena de exportación para la producción emergieron desde el siglo XIX y fundamentalmente el XX, definitivamente después de la Segunda Guerra Mundial, y siempre han tenido el problema del exceso de mano de obra, no subsumible.

Se trataba de diversos grupos humanos –culturalmente diferentes al dominante– que se apropiaron del capitalismo y lo comenzaron a ejercer: los criollos en el caso del Perú. Caso interesante en tanto que el “despertar” económico de Oriente se dio en el último tercio del siglo XX, cuando se reprocesaron –desde sus múltiples expresiones culturales– las formas económicas capitalista-occidentales y emergieron las formas económicas capitalista-orientales, con tantos matices cuanta diversidad cultural existe en ese lado del mundo.

Nuevamente sirva el Perú como una muestra para la reflexión. Para 1800, el surgimiento del liberalismo-industrial-capitalista cambió radicalmente las reglas de juego, rompió los grandes imperios, liberó colonias y enrumbó a la creación de estados-naciones, dando pie a países como el Perú, donde el espacio socioeconómico interno se recompuso. Así, por ejemplo, ya no fue necesaria la participación de la elite indígena como controladora de la mano de obra para la realización productiva-extractiva en manos de hacendados-comerciantes, blancos, vinculados a España y Europa.

No es de extrañar que estos indígenas se aferraran a la monarquía y rechazaran la república. Para 1900, el capitalismo estaba en pleno florecimiento y había potenciado la existencia de estados-naciones, como el Perú.

Un estado-nación que buscaba con desesperación definirse como un estado-nacional –que abarcase tanto el territorio como a su gente–: el fundamento era necesariamente económico porque el sistema impulsaba cada vez más vínculos; se caminaba hacia un sistema plenamente internacional. Así se consolidó un modelo importador-exportador centrado en la comercialización de materias primas hacia el mercado externo, y todo aquel que no fuera blanco, costeño y de raigambre hispánico-latina quedó fuera. Los serranos y la población rural, cada vez más segregada, se fue volcando progresivamente hacia la costa. Este segmento buscó una mejora en sus condiciones de vida, pero terminó ocupando un espacio social y económico secundario. Sin embargo, conforme se intentaba la construcción de un estado-nacional, que suponía tanto una educación amplia y democrática en el discurso como estrecha y elitista en la realidad, los grupos humanos segregados –diversos en lo cultural– se apropiaron del sistema y se autoincluyeron. Este fenómeno merece ser estudiado en detalle.

En el Perú, mientras tanto, el capitalismo se fue consolidando en paralelo al proceso mundial. Los liberales al estilo peruano participaron tangencialmente de la Belle Époque, aunque no se lanzaron, como los burgueses e industriales europeos a la vuelta de los siglos XIX al XX, al dominio colonial de África y a la construcción de protectorados en Asia, mientras danzaban con los vales de Strauss. Pero gracias a las exportaciones a la Europa en expansión, lograron hacerse del poder y ejercerlo en el conocido periodo de la República Aristocrática. Sus vaivenes político-económicos, entonces, deben ser enmarcados en la situación de ese mercado de colocaciones externas, a pesar de que el Perú no sufrió en carne propia las dos guerras mundiales.

En un primer momento, el inicio de la gran guerra favoreció a la economía peruana.

Luego, la demanda se estancó por la prolongación inesperada del conflicto. Incluso su término no implicó un aumento considerable de la demanda de una Europa de posguerra. Los años 20 implicaron la caída de Europa, el nacimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y la emergencia de Estados Unidos como potencia occidental de la mano de países como el Perú en tanto receptores de los “préstamos” norteamericanos a cambio de la participación en su mercado (vía colocación de productos mineros y petróleo), vital para la economía peruana construida sobre exportaciones. El proceso catapultó al presidente Augusto B. Leguía, un dictador civil, quien sustentó el tránsito a la órbita norteamericana y su impronta liberal, además de promocionar la aparición de nuevos grupos de poder vinculados al nuevo mercado. Atrás quedaban los vínculos con Europa y su liberalismo clásico, así como los liberales peruanos de la república aristocrática. El ofrecimiento de la participación de los sectores medio y rural en el proceso de cambio quedó en la ruta.

En el Perú, la formidable crisis económica del capitalismo desdibujó el proceso mundial. Durante el siglo XIX, los burgueses habían luchado por acceder al poder y el control de los estados ofreciendo igualdad, libertad y fraternidad para todos. Sin embargo, ya en el camino, fueron incumpliendo sus propias promesas o modificando el discurso dependiendo del grupo humano al que se dirigieran. No fue lo mismo lidiar con gente blanca en África que con población negra. No entendieron la fuerza del capital, no en su sentido positivo, sino en el negativo; que cuando se consolidaba una nueva etapa del capitalismo se daba una crisis, generalmente de crecimiento, pero también de decrecimiento, que venía acompañada de injusticia, guerra y violencia. Mientras se ganaba en ideas democráticas, se perdía la paz en la realidad. Los años 30 fueron dramáticos en todo occidente, pues florecieron el fascismo y las dictaduras fundados en el control de las sociedades para favorecer al capital. Baste ver la historia europea, pero también la de América, particularmente la centroamericana.

El Perú no fue ajeno al proceso. No vivió la “depresión del 30”, sino más bien el

La Segunda Guerra Mundial recompuso el escenario internacional: convirtió a los Estados Unidos y a la URSS en poderes hegemónicos no solo de Occidente sino del mundo, en tanto que, a la vez, potenció el surgimiento de nuevas regiones asiáticas que antaño habían sido colonias europeas.

“crack del 29” que, para 1932-1933, había sido medianamente superado gracias a las ventajas de ser una sociedad mixta con mayor peso en su sector tradicional no vinculado al mercado externo y que aseguraba alimentos y una forma de vida (fundamentalmente agrícola) al grueso de la población. En la tónica de época, la “dictablanda”, convertida luego en la brutal dictadura de Óscar R. Benavides, se “apoyó” en este sector; su interés era lograr pequeños productores vinculados al Estado y a los grandes empresarios importadores-exportadores que lo sustentaban. La situación supuso una mejora para la población urbana y moderna y el inicio de un desarraigo progresivo para la población rural y agrícola. Cómo y en qué forma, debe ser aún estudiado. En todo caso, se comenzó a acelerar el proceso por el cual la sierra y lo rural se volcó sobre la costa urbana.

La Segunda Guerra Mundial recompuso el escenario internacional: convirtió a los Estados Unidos y a la URSS en poderes hegemónicos no solo de Occidente sino del mundo, en tanto que, a la vez, potenció el surgimiento de nuevas regiones asiáticas que antaño habían sido colonias europeas. La dicotomía se hizo visible: o se era una sociedad abierta y capitalista, o se

era una sociedad cerrada y comunista. Ante este panorama, no había duda alguna ni los matices estaban permitidos. El mundo quedó dividido en dos. Tras dos guerras mundiales y una crisis económica con peores efectos que estas, muy pocos creían en el discurso liberal burgués y todos, en cambio, clamaban por la presencia de un Estado que pusiera coto a los intereses privados cada vez más empresariales. Como consecuencia, Francia aportó al mundo su estado del bienestar: el Estado era el llamado a promover la recuperación económica, favoreciendo a los productores pero asegurando la distribución de la riqueza entre los diferentes sectores –tan golpeados– de su sociedad. Una suerte de socialismo con una dosis de nacionalismo, con sentido en sí mismo y no como vía necesaria al comunismo.

Fuera de Europa se tradujo en un Estado “desarrollista”. El matiz es importante por cuanto los nuevos países que surgieron al compás de la descolonización buscaban reglas de juego diferentes al capitalismo europeo que los había subyugado y convertido en colonias económicas. El Estado debía promover el desarrollo económico industrial (casi inexistente), fomentando a los burgueses-empresarios y, a la vez, asegurar la distribución de la riqueza entre los diferentes sectores de la sociedad. El bienestar del estado-nacional era primero que cualquier otro interés, sea capitalista o comunista. De allí, la creación de los países no alineados.

En el fondo, capitalismo y comunismo son dos formas de una misma moneda creadas por el industrialismo. No importaba el pensamiento, sino las pasiones exacerbadas e ideologizadas. La etapa estuvo copada con el juego bipolar de poderes y la guerra fría que siguió por casi cinco décadas. Si los años de la Segunda Guerra Mundial fueron espectaculares para el Perú, los de la posguerra no tuvieron la misma brillantez. Durante el conflicto, el mercado externo –importador– estuvo asegurado por Estados Unidos, interesado siempre en la seguridad hemisférica del continente; y el mercado interno creció gracias a la necesidad de abastecer a una sociedad fundamentalmente urbana. Más allá de lo positivo o negativo del periodo,

un gran sector se benefició, a tal punto que surge un mesocrático grupo de profesionales dedicados a la industria y el comercio, graduado en las aulas de la Universidad de San Marcos, en esencia nuevo y pujante, que se entroncaba con el campo y cuyo sueño político se expresó en la figura de José Luis Bustamante y Rivero.

El amargo despertar fue, sin embargo, la connivencia del Apra, partido de masas nacido bajo las ideologías totalitarias de los años 20-30, con los oligarcas “en busca del tiempo perdido”, como diría Proust. Ambos sectores coincidían en su deseo de sobrevivir y se vincularon en un marco internacional que centraba su interés por completo en otros escenarios. Así, una posible etapa democrática y democratizadora, en la línea del estado del bienestar europeo, fue desarticulada, denostada y, finalmente, arrollada por el populismo militarista odríista que se benefició de la vinculación Apra-oligarquía. Los dorados años 50 enmarcaron al Ochenio del gobierno del general Manuel A. Odría, pero también a las grandes unidades vecinales, las grandes unidades escolares, los amplios hospitales y el inicio de las fluidas migraciones internas. El orden era la excusa; el contexto, la guerra con Corea y el temor a la expansión del comunismo –que supuso fondos para la dictadura–; y la voluntad, la búsqueda de un desarrollo que se vinculaba más con los sectores oligárquicos tradicionales que con los sectores medios empresariales y, por supuesto, solo el clientelismo fue el vínculo con los crecientes sectores populares, fundado en migrantes ávidos de recibir cualquier cosa que les permitiera insertarse socialmente.

Como en otros países del Tercer Mundo, las pasiones se desataron en el Perú y, con ellas, los temores, particularmente hacia el comunismo. La década del 60 fue una época brillante y maravillosa para Occidente, y el Perú no fue ajeno a ella: mientras se escuchaban los Beatles, despegaba la televisión y los sectores medios profesionales crecían ahora sí decididamente expandiendo físicamente Lima, se esperaba un mundo diferente y se exigieron cambios como la reforma agraria y una democratización real de la sociedad. Se pensaba que la causa del subdesarrollo

era la injerencia constante de los países centrales, ricos y desarrollados, en la vida de otras naciones, primero subdesarrolladas y luego en vías de desarrollo.

Se trató de una época idealista, muy rica en lo cultural y, a la vez, muy pragmática. Se creyó firmemente en forzar la justicia social y la igualdad. Incluso desde la religión, pues surgieron las democracias cristianas y luego la teología de la liberación, que permitieron canalizar la opción por los pobres de los diferentes sectores sociales peruanos. No había quien no tuviera una ideología y una posición política asumida y practicada. Como consecuencia, los conflictos aumentaron en número y virulencia conforme el sistema empezó a dar señales del agotamiento cíclico que le es propio: se comenzaron a sentir los problemas de una economía dependiente del mercado internacional norteamericano combinados con una explosiva situación interna.

El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas fue el corolario a la época: militares profesionalizados que, subyugados por el nasserismo, cambiaron el concepto de la defensa nacional y se lanzaron a una activa participación en la política peruana³: el populismo, el desarrollismo y el estatismo se cruzaron en una compleja combinación de desarrollo nacional fundado en una forzada democratización social, un desarrollo industrial vía sustitución de importaciones “alentado” por el Estado y el control estatal del aparato productivo, directo e indirecto. Bueno y malo, avances y retrocesos, sobre todo el gobierno de Juan Velasco Alvarado hasta hoy desata pasiones y no cuenta aún con un estudio serio y consciente.

En todo caso, el Estado demostró ser tan bueno como promotor lidiando con la sociedad como malo en su rol de creador de riqueza. Justamente a la inversa de los burgueses-empresarios, sumamente hábiles para la creación de la riqueza pero muy malos para mantener, no digamos conseguir, un consenso social. La migración se transformó en un tema hartamente sensible. Lima no dejó de crecer y en paralelo surgieron otras ciudades como Chimbote. Además, la guerrilla también echó raíces



Cortesía: Fernando Polanco

en las zonas alejadas del Estado. No solo se enfrentaba la segregación, sino, además, el desarraigo.

Los duros años 70 fueron signados con la reaparición del fantasma de la crisis económica no resuelta anteriormente y que, finalmente, se explayó en los 80, llamados “la década perdida”. El sistema internacional estaba en pleno apogeo y asumido como dicotomía (capitalista y comunista) cuando comenzó a reaparecer el fantasma de la crisis (inflación), además de generarse tendencias favorables a un “nuevo” país que se había desarrollado en el resquicio de la competencia Estados Unidos-URSS: el Japón.

Incorporado al capitalismo con las guerras y bajo el amparo de la estabilidad cambiaria, Asia comenzaba a hacerse presente y muy visible en el escenario económico mundial, dominado por las formas de Occidente: el elemento decisivo era su mercado, fundado en millones de seres humanos. La meca empresarial se trasladó a

ese lado del mundo, particularmente a la China, por las ventajas imbatible en cuanto a salarios y mano de obra. En una situación inversamente proporcional, mientras Occidente se hundía lentamente en la crisis durante los 70 y los 80, los famosos “Tigres Asiáticos” fascinaban al mundo. Para finales de los años 90 la situación sería diferente. Pero mientras tanto la brecha económica tenía que cerrarse y Estados Unidos buscó protegerse. Entre otras medidas, rompió arbitrariamente las paridades cambiarias establecidas en Bretton Woods y estabilizó su moneda. De otro lado, inició la recuperación de capitales que, durante los años 60 y bajo la Alianza para el progreso, había entregado a manos llenas a América Latina; el Perú incluido.

La consecuencia principal fue la catástrofe económica para la región. En el Perú, la situación se vio radicalizada por la presencia de la dictadura militar, que se balanceaba entre el estatismo, el populismo, el desarrollismo y, particularmente, el nacionalismo en busca de una tercera vía, de

una "ruta autónoma" que no fuera ni capitalista (Estados Unidos) ni comunista (URSS), pero con las cuales coqueteaba constantemente. Las condiciones de vida fueron yendo cuesta abajo mientras que las cuentas en rojo iban cada vez más arriba. Por sus características, el Estado controlista se convirtió en una suerte de esponja de la crisis económica que, tiempo después, los sectores democráticos no podrían mantener. En estos años, y en toda América Latina, se generaron las deudas externas impagables.

La inestabilidad cotidiana vinculada a la creciente inestabilidad social potenció la escalada de violencia; la guerrilla que, curiosamente, había surgido al compás de la incidencia del programa Alianza para el Progreso, quedó atrás y emergió, brutal, el terrorismo. Peor aun, la alucinante volatilidad económica hizo estallar la economía del país y, sobre todo, la confianza social: en los 80 el miedo y la total incertidumbre se instalaron entre los peruanos. Se dudó hasta de las capacidades democráticas de la sociedad y, peor aun, cuando se intentaron las políticas heterodoxas en la economía en busca de una luz al fondo del túnel que no hicieron más que profundizar la crisis. Pero por lo mismo, fue también una década donde se despertó la creatividad; mucho de lo que hoy reemerge surgió en esa terrible década; desde el recuseo hasta lo que hoy llamaríamos "emprendedores". Hubo un sorprendente crecimiento intelectual, político y cultural. Muchísimos migraron, pero también otros tantos se quedaron para enrostrar con firmeza y gloria la situación adversa. Como mucho de lo que aquí está insinuado, aún falta una buena historia peruana del siglo XX.

Pero la crisis impactó en el sistema bipolar de poderes y culminó con el supuesto éxito capitalista y la eliminación de la URSS con su economía estatista-comunista. Por ello, primero se habló de globalización y luego se ha ido percibiendo que se trata, en realidad, de la imposición de un único tipo de economía en el planeta, de un capitalismo global. En la última década del siglo XX, Estados Unidos intentó desarrollar y dirigir un sistema unipolar mundial, pero descubrió que el mundo era demasiado grande para ello y buscó retomar la si-

tuación previa, aunque con muy poca fortuna. Esta vez, el enemigo es el terrorismo global representado por los árabes islámicos. El 2000 el mundo asistía a la culminación, el cambio o el agotamiento del llamado "alto" capitalismo. Su redefinición se procesa aún y, por tanto, también las múltiples vinculaciones y las relaciones del conjunto de países. Se habla, por ejemplo, de las ciudades globales que tendrán protagonismo y preeminencia mundiales. La gobernanza global se abre paso más lentamente de lo que se quisiera.

Hijos del liberalismo, los estados-naciones, otrora todopoderosos, resienten las presiones del llamado consenso neoliberal, más conocido como neoliberalismo, expresado en una economía que fundamenta el capitalismo global y que se manifiesta en poderes nacionales como antaño pero, sobre todo, vía corporaciones transnacionales y de capitales múltiples cuyos límites los establece el espacio particular cibernético de cada empresa y el dinero que pone en movimiento.

La globalización se presenta como el marco coyuntural en formación; mientras el planeta, como el tablero físico de ese capitalismo global. Estamos todavía en definición de ejes económicos multipolares y en búsqueda de establecer algún tipo de balance y equilibrio que, al decir de Hobsbawm, es poco posible que se vuelva a lograr.

Históricamente, la ley del péndulo volvió a funcionar. Después de las diversas crisis de la primera mitad del siglo XX, las sociedades urgían la presencia de un Estado; luego de la crisis en la segunda mitad, no hubo otro culpable que el Estado mismo, aunque el trasfondo fuera mucho más profundo. Peor aun en el Perú con la gigantesca burocracia que dejaron los experimentos populistas-desarrollistas-estatistas, y que radicalizaron el proceso de búsqueda de situaciones alternativas. Con el manejo de la propaganda, el temor y la poca comprensión que el conjunto social tiene de la política, se instauró una dictadura que, si bien sancionó los vientos democráticos establecidos por el desarrollismo, generó en el tiempo un clientelismo populista, de tal manera que favoreció la segregación y la exclusión. En ese marco, más que las per-

sonas, pensadas como analfabetas funcionales (mano de obra muy barata) bajo un modelo de flexibilidad asiática, lo importante ha sido asegurar la economía primario-exportadora que permitiese al Perú insertarse en la economía global.

El consenso liberal fue acogido por la mayoría de los empresarios, felices de tener una suerte de estabilidad para sus actividades. No percibieron que ese orden estaba vinculado a una fase en alza del capitalismo de los 90 –que pudo ser mejor

muestra de lo dicho, como también los es la Unión Europea, el Nafta y hasta el Mercosur. Los diversos tratados de libre comercio son el corolario. Por otro lado, el continente asiático emergió definitivamente en este periodo. Cada una de las impresionantes culturas orientales ha reprocesado el capitalismo y, desde sus propias formas sociopolíticas, lo proyecta tanto al mundo como a su favor, sobre la base de, por cierto, su imbatible mercado humano. China, en particular, saltó a lo global con su extraña mezcla de Estado comunista y economía capitalista. Pero también la India sorprende con su desarrollo tecnológico y, sobre todo, se convierte en la reserva cultural del mundo.

A la zaga, pero no por eso menos importante por el petróleo y la incidencia que tiene en la Unión Europea, Rusia se reconstruye y busca recolocarse en el espacio que otrora tuviera, como potencia políticoeconómica. En el otro lado del mundo, en América, Brasil ha dejado de ser un aliado estratégico de Estados Unidos para convertirse en una región de poderoso desarrollo capitalista. El país sudamericano reclama el derecho a darle un mejor estándar de vida a su gente, así deforeste la Amazonía, y aspira a desarrollar cultivos como la soya dirigida al mercado chino.

Entre Asia y América, el Pacífico se convierte en el mar más importante del siglo XXI en un contexto globalizador en que la interdependencia creciente es lo central. Ahora se comienza a constituir el BRIC (Brasil, Rusia, India y China), y el Perú se convierte en el cordón territorial vinculante entre estas regiones económicas y sus nuevos juegos de relaciones, sustentadas en la vitalidad comunicacional cibernética. Las experiencias históricas detrás de cada espacio son muy distintas y, por tanto, exhiben formas económicas, sociales y políticas que se reconocen en términos de episteme occidental (formas capitalistas), pero difíciles de hacerlo por cuanto reflejan esencias diferentes de lo que hasta ahora es conocido como la forma de realización económica. La voluntad de vincularse a este espacio global ha potenciado la relación entre cambios internos (estado neoliberal) e influencia externa (presencia de poderes transnacionales), que ha mar-

La pérdida de los polos de poder hegemónico y la necesidad de estructurar el nuevo tipo de capitalismo crearon bloques económicos globales. El Apec es una muestra de lo dicho, como también los es la Unión Europea, el Nafta y hasta el Mercosur. Los diversos tratados de libre comercio son el corolario.

aprovechada bajo una democracia y en su propio beneficio– y luego que su bienestar ya no estaba vinculado a la economía interna, pues los doce apóstoles fueron barridos en los 80, sino al poder económico transnacional extranjero. La herencia por enfrentar fueron las fidelidades inexistentes y hasta rechazadas –como el nacionalismo–; el “clientelaje” político envilecido; el espacio social pervertido; así como la desinstitucionalización y la satanización del Estado.

La pérdida de los polos de poder hegemónico y la necesidad de estructurar el nuevo tipo de capitalismo crearon bloques económicos globales. El Apec es una



cado y marca el devenir de esa sociedad peruana tan particular; la recentralización del poder y la conversión del Perú en un país netamente costeño es la consecuencia inmediata.

Conclusiones

La construcción de esa estructura socio-histórica, llamada modernidad, fundada políticamente en estados-nacionales de base capitalista no ha sido fácil ni para sus creadores ni para ninguna parte del planeta. Proceso continuamente inacabado y de rapidez creciente, las sociedades no habían terminado de procesar y establecer socialmente un conjunto de situaciones dadas cuando ya se veían envueltas en coyunturas históricas de nuevo cuño. Estas aparecían y presionaban por cambios que el conjunto social no estaba tan dispuesto a asumir. Con las maravillosas oportuni-

des y mejora de vida que ofrece, el marco moderno industrial marginó y lanzó al olvido, progresivamente, a grupos humanos en la medida que aquel se volvía cada vez más segregador y exclusivo. El capital tiende a la reproducción del capital; lo accesorio, aquello que no está directamente en el juego, queda fuera.

Ciertamente, las respuestas sociales a los cambios en curso han sido múltiples y muy variadas. Pero el problema es no haber logrado establecer esos ideales verdaderamente democráticos, propios de la modernidad, que suponen la apertura hacia la diversidad y la interculturalidad y la justicia, desde donde se desprenda el bienestar –no solo económico– de los seres humanos en cuanto tales.

Por el contrario, se percibe de manera generalizada un aumento enorme de la violencia y la criminalidad social; considérese que así como el capitalismo global ha repo-

tenciado todas las formas de producción juntas y en conjunto, desde la esclavitud y la servidumbre hasta las franquicias y la tercerización, en paralelo también se ha repotenciado todo tipo de respuesta social, desde las étnico-tradicionales como las de los grupos amazónicos de Bagua, en busca de la supervivencia de su estilo de vida. Pero estas múltiples respuestas también se revelan en el consumo masivo de drogas como la cocaína abastecida desde el VRAE; en la recreación de juveniles bandas tribales urbanas de los estados-nacionales; en el narcotráfico; el terrorismo; en las redes internacionales de prostitución; y en la venta de armas que mueven las llamadas “economías negras”. Todo ello no solo tiene nefastos alcances globales, sino que erosiona las formas de vida y precariza cualquier marco institucional.

Por momentos, las posiciones son irreconciliables y la gobernabilidad del estado-nacional se ve “puesta en jaque” desde adentro y desde afuera. Desde adentro, por causa del conflicto, pues los enfrentamientos catapultan y reavivan todo un conjunto de mitos y prejuicios en el pensamiento y la creencia de unos grupos para con otros: la segregación y la exclusión han sido el comportamiento constante de la sociedad peruana y, por lo mismo, se extiende la desconfianza, la revuelta y el aumento de la criminalidad. Desde afuera, las presiones son múltiples: se combinan los intereses y la influencia de los poderes “nuevos”, en emergencia, y aquellos a los que podríamos llamar “tradicionales”.

De un lado, están Brasil y China, cuya vinculación territorial pasa necesariamente por contar con alguna presencia en el espacio estratégico peruano como puertos, carreteras, entre otros. Del otro lado, la Unión Europea, en particular España con una gama respetable de inversiones en el Perú, y, sobre todo, Estados Unidos en su cruzada mundial contra el terrorismo que, en el marco de un renovado enfrentamiento entre Oriente y Occidente, potencia una necesaria seguridad hemisférica continental y focaliza su interés en el control de la droga y sus zonas de producción.

Si para 1800 los indígenas comenzaban a quedar afuera, para 1900, con las capa-

idades burocráticas de los estados-naciones impulsadas por el capitalismo, la población andina se vio segregada e invisibilizada como cualquier grupo humano que no fuera blanco y de origen español o europeo. De los indígenas, unos lograron mantenerse al margen y, en los casi dos siglos republicanos, mantuvieron y reprodujeron sus formas de vida, como los de la selva. Los otros, más acostumbrados a participar de formas estatales, fueron migrando a Lima y se insertaron en la periferia del sistema; desde allí se mantuvieron presentes en la estructura peruana, mientras procesaban, a su manera, su participación en el sistema.

A partir del 2000, con los cambios que se dieron en la última mitad del siglo XX, todo producto es bienvenido y todo peruano malavenido, más aun con el dinamismo de una sociedad cada vez más moderna. Es decir, muchos de los productos mineros, agrícolas y energéticos demandados por el mercado de las grandes ciudades deben ser obtenidos de los territorios de aquellos que se habían mantenido al margen (sierra profunda y particularmente selva) y cuya gente es rechazada. En el Perú mismo se sigue segregando gente, y en el marco internacional, los peruanos forman parte del contingente social rechazado por las leyes antiinmigracionistas de los países desarrollados. Pareciera cumplirse la división de Baumann⁴ (1999) y en el Perú hay cada vez más vagabundos que turistas.

Si en el siglo XIX, los rurales premodernos participaron de las sociedades modernas en tanto cantera de mano de obra y de mercado en ubicaciones sociopolíticas secundarias, en el siglo XXI la sociedad moderna los embate por cuanto necesitan los recursos de la tierra que ellos poseen y no así a sus habitantes. Incluso resulta sorprendente que la violencia no haya sido mayor; quizás un punto por estudiar sea la capacidad de negociación de los diferentes grupos humanos de los simultáneos tiempos históricos que conviven. Los tres problemas representan el meollo del capitalismo global: la diversidad de culturas en juego, la diversidad de tiempos históricos presentes y la diversidad de geografías explotadas y vinculadas tanto al tema del cambio climático como a



las grandes necesidades de un capitalismo global. La diversidad aflora entonces en la medida en que el homogenizante Estado nacional se debilita, mientras que las regiones lo traspasan y se conectan directamente al sistema global.

La gobernanza global comienza a ser una realidad necesaria que, en el futuro, tendrá que asegurar la supervivencia de la especie, creando un equilibrio entre el uso del espacio, los diferentes grupos humanos y las necesidades sociales. Quizás sea el momento para que Cayetano Huanca⁵, líder campesino de la comunidad de Coñamuro en el Cusco, deje de ser una anécdota sobre el impacto de los cambios

climáticos en las sociedades campesinas del mundo y que la gente de Bagua y de la selva sean objeto de un respeto y de una búsqueda de comprensión e incorporación a la sociedad peruana, como se intenta con los del valle de los ríos Apurímac-Ene (VRAE).

Quizás sea el momento para reflexionar sobre el Perú de todos los tiempos y contribuir así a la recomposición del sistema en donde se rescaten los fundamentos del sueño liberal y se busque una democracia que respete y acepte la existencia de la diferencia, no solo de la geografía terrestre, de la biodiversidad, sino fundamentalmente de las sociedades humanas.

Notas

- ¹ Utilizaré este término en el sentido que tan bien define Quijano (Ríos, 2009: 21): “el capitalismo no se restringe a la relación social específica fundada en la compra y venta de la fuerza de trabajo, individual y viviente, [...] sino que implica una configuración estructural de todas las formas históricamente conocidas de explotación social en torno a la hegemonía del capital para producir mercaderías para el mercado mundial...”.
- ² Esta información fue recogida en el trabajo de campo y confirmado por el trabajo en archivo realizado en Chiclayo del 2002 al 2005 bajo el Proyecto “Territories et Mondialisation dans le pays de Sud” en la Unidad Mixta de Investigación del IRD y el ENS, Francia. Ver el muy interesante desarrollo histórico de Lima como ciudad en Degregori, 2004.
- ³ En 1952, un grupo de oficiales, que mezclaban el nacionalismo egipcio, el panarabismo y el marxismo derrocaron al rey Faruk y establecieron una república. Con Gamal Abder Nasser, como presidente en 1954, se promulgó una reforma agraria para limitar el poder de los terratenientes y, luego, se nacionalizó el canal de Suez; sus réditos debían beneficiar exclusivamente a Egipto y no a los países europeos
- (Procacci 2001: 393-394). Esta visión nacionalista tuvo un éxito rotundo entre los militares de muchas partes del mundo, entre ellos, el Perú. Un estudio interesante y serio sobre los militares peruanos se aprecia en Masterston (2000).
- ⁴ Según Baumann (1999), la división social se da entre los turistas y los vagabundos. Los turistas son aquellos que viven en las grandes y modernas sociedades urbanas, viajan por un mundo cada vez más globalizado y consumen cómodamente lo mismo por todas partes. Mientras que los vagabundos son todos aquellos que terminan siendo desplazados por el mismo sistema: refugiados, desarraigados y migrantes en busca de un trabajo inexistente, fuertemente rechazados por las sociedades, particularmente las “desarrolladas”.
- ⁵ Este personaje, Cayetano Huanca, fue uno de los cinco elegidos para dar su testimonio sobre los efectos de los cambios climáticos en la reunión de Copenhague-15. Cf. *El Comercio*, jueves 17 de diciembre de 2009. Por su parte, es muy interesante el Programa VRAE que intenta incorporar y desarrollar esta región: <<http://www.mindef.gob.pe/vrae/>>.

Referencias bibliográficas

- Baumann, Z. (1999). Turistas y vagabundos. En *La globalización: consecuencias humanas* (pp. 103-133). Buenos Aires: FCE.
- Basadre, J. ([2005]). *Historia de la República del Perú: 1822- 1933*. Lima: El Comercio, 18 vol.
- Degregori, C. I. (2004). *Enciclopedia temática del Perú. Tomo VIII. Diversidad cultural*. Lima: El Comercio.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Masterston, D. (2000). *Fuerza armada y sociedad en el Perú moderno: un estudio sobre relaciones civiles militares, 1930-2000*. Lima: Instituto de Estudios Políticos y Estratégicos.
- Procacci, G. (2001). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Quijano, A. ([2005]). *Don Quijote y los molinos de viento en América Latina*. (Lima: Organización de Estados Iberoamericanos). Recuperado el 10 de marzo de 2011 de <<http://www.oaiperu.org/documentos/ClavesQuijano.pdf>>.
- Ríos, J. (2009, agosto). Aníbal Quijano: Diálogo sobre la crisis y las ciencias sociales en América Latina. *Entrevista. Sociológica*. (Lima, Colegio de Sociólogos del Perú), 1(1), 19-41.
- Sen, A. (2003). *Desarrollo y libertad*. Bogotá: Planeta.
- Soros, G. (2002). *Globalización*. Bogotá: Planeta.